



Jorge de Hoyos Puente

El exilio republicano español de 1939 y sus contribuciones al desarrollo de México

Jorge de Hoyos Puente,

Doctor en geografía e historia,
Universidad Nacional de Educación a Distancia, España.
dehoyosjorge@gmail.com

Resumen. Este texto realiza un repaso a las contribuciones del exilio republicano en México. En él podemos ver la evolución del exilio republicano en el país de acogida. El artículo estudia las particularidades de un exilio de larga duración que condicionó las relaciones entre España y México durante cuarenta años.

Palabras clave: Exilio, republicano, México, desarrollo.

The Spanish Republican exile of 1939 and his contributions to the development of Mexico

Abstract. This text realizes a revision to the contributions of the Spanish Republican exile in Mexico. We can see the evolution of the Spanish Republican exile in the country of reception. The article studies the particularities of an exile of long duration that determined the relations between Spain and Mexico for forty years.

Keywords: Spanish Exile, Republicans, Mexico, development.

Introducción

El exilio republicano de 1939 representa para las historias de México y España una intercesión de caminos de gran relevancia. Para España supuso la constatación de la pérdida de una guerra cruenta, que ponía fin al proyecto modernizador y democratizador más importante de la España del siglo XX como fue la Segunda República; para México significó la llegada de un amplio contingente humano que contribuiría a la transformación del país en muy distintos órdenes. Sin duda, México demostró una generosidad que desde España todavía no ha sido lo suficientemente reconocida. El México del General Lázaro Cárdenas, sus diplomáticos y sus dirigentes, dieron un ejemplo al mundo en materia de solidaridad y coraje, mostrando con su política una altura de miras digna de formar parte de la historia diplomática universal [1; 2]. Su ejemplo, resulta aleccionador y debe ser recordado en estos tiempos en que nuevas migraciones políticas están viviendo el desprecio internacional ante situaciones de persecución equiparables a las de entonces.

México supo aprovechar y capitalizar la llegada de 25.000 españoles entre 1938 y 1945 [3, p. 76]. El presidente Cárdenas ofreció la nacionalidad mexicana a los exiliados españoles en 1940, que fue aceptada como símbolo de gratitud por el 80% de los que para esa fecha ya habían llegado al país de acogida [3, p. 112]. Pero los gestos por parte de México no acabaron ahí. Durante los cuarenta años que estuvo vigente la dictadura franquista en España, México no mantuvo relaciones diplomáticas con esa España oscura y represora. En agosto de 1945 el presidente Manuel Ávila Camacho permitió que las Cortes republicanas se reunieran en el Zócalo de la Ciudad de México y restableció relaciones diplomáticas con el gobierno republicano en el exilio, hecho que estuvo vigente hasta 1977 [4]. Aunque se tratase de una decisión más simbólica que real, ya que ese gobierno apenas tuvo capacidad de maniobra y experimentó grandes dificultades a lo largo de los años para garantizar su supervivencia, se trató de un gesto singularmente importante que debemos resaltar.

El exilio republicano en México vivió distintas fases, imprescindibles para comprender su evolución. En primer lugar, la llegada, marcada por el desconocimiento del país de acogida, sus códigos y sus cla-

ves. Los exiliados tuvieron que afrontar esta primera fase de adaptación sumidos en una fuerte depresión colectiva por la derrota de su causa en España y al mismo tiempo, esperanzados por conseguir un pronto retorno a la tierra perdida. Había también que explicar a los mexicanos el porqué de su estancia, que no eran otra vez emigrantes que llegaban con ansias de hacerse ricos a costa de los mexicanos. En esa primera etapa de los primeros años cuarenta del siglo pasado surgió lo que hemos denominado “la identidad del refugiado” [5]. Una identidad que germinó como mecanismo de afrontar su nueva condición, de presentarse a la sociedad mexicana y también como elemento cohesionador de grupo. Así se forjaron imágenes y mitos que han quedado fuertemente ligados al imaginario colectivo, en ocasiones generando una fuerte distorsión de la realidad. Ideas como el transtierro, o la percepción de la superioridad ideológica de los derrotados se configuraron en aquellos tiempos. Probablemente el rasgo más significativo de esa identidad es la imagen de representar un exilio de intelectuales. Las investigaciones de Clara E. Lida y Dolores Pla nos demostraron hace ya casi dos décadas que los intelectuales representaban menos del 20 % del total de aquel exilio complejo, donde estaban representados todos los sectores sociales de la España derrotada [6]. Sin embargo, en el imaginario colectivo se sigue reproduciendo esa imagen de un exilio de profesores universitarios, intelectuales y artistas, idea que queda reforzada por la importancia del exilio en esos ámbitos y su proyección posterior. A pesar de esto, el exilio republicano no se circunscribió solo a ese ámbito ilustrado. Su composición heterogénea, que representaba todos los sectores sociales de la España republicana, resulta mucho más amplia y enriquecedora. A día de hoy, son muchos los aspectos desconocidos de ese exilio que, sin poder adscribirse claramente al mundo intelectual, sí poseía una fuerte capacitación técnica.

Existió a partir de mediados de los años cuarenta una segunda fase del exilio que estuvo marcada por la aceptación de la situación. La consolidación de la dictadura franquista tras el final de la Segunda Guerra Mundial, favorecida por el clima de la Guerra Fría, hizo que la mayoría de los exiliados viesen con resignación que México se convertía en un lugar no de tránsito sino de permanencia. La nueva traición de las potencias democráticas hacia España se convertía en un nuevo jarro de agua fría sobre las expectativas de aquellos demócratas que habían puesto sus esperanzas de retorno a España en la derrota del nazifascismo que tantos exiliados españoles combatieron y padecieron en Europa. Para los exiliados en México tocaba la penosa tarea de deshacer maletas, favorecer la integración de las generaciones más jóvenes, pensar poco a poco en asentarse para un periodo largo. Sin duda, esta fue la fase más larga y compleja, donde las contradicciones se manifestaron en muy diversas facetas tanto públicas como privadas y donde no todos contaban con las mismas herramientas para afrontarla. Para los mayores, reinventarse era imposible, para los jóvenes, México era su vida. España quedaba atrás, como parte del recuerdo nostálgico, muchas veces idealizado, pero también como una entelequia sobre la que fabular ensoñaciones de muy diversa índole.

A la altura de 1950 los exiliados españoles representaban el 0,15 % de la población de México, un número muy poco significativo desde un punto de vista cuantitativo y que sin embargo, fueron alcanzando una fuerte relevancia cualitativa en muy diferentes órdenes [3, p. 57]. Muchas de las instituciones creadas en los primeros tiempos para dar acomodo laboral transitorio a los exiliados debieron reformularse para permanecer. La que no pudieron o no supieron, simplemente desaparecieron, como ocurrió con muchas de las empresas creadas por el CTARE y la JARE, los organismos de ayuda de los republicanos [7]. Esa mala gestión contribuyó a alejar aún más a los exiliados de las organizaciones políticas. Si las divisiones durante la Guerra jugaron un papel clave en ese proceso de desafección política, la gestión económica y la pérdida de expectativas de regresar a España fueron elementos clave a la hora de explicar el progresivo distanciamiento de los exiliados con sus dirigentes políticos.

Finalmente, existe una tercera fase fundamental, a partir de los años setenta, en la que los exiliados que sobrevivían debían plantearse la posibilidad del regreso a España. Ese deseo tan anhelado, se convertía en un drama, en la medida en que el tiempo transcurrido había modificado las opciones de un retorno satisfactorio a un país que inevitablemente había cambiado de forma exponencial. España incorporó a exiliados a la manera de iconos representativos, pero tratando de minusvalorar su contenido político, en el marco de una Transición política que miraba hacia el futuro, dejando atrás el pasado traumático de los exiliados y de la represión [8]. Sin duda fue un proceso complejo, donde los españoles del interior llevaron la voz cantante y el exilio en su conjunto jugó un papel marginal. Además, los más jóvenes habían enraizado en el país de acogida, eran mexicanos y su horizonte estaba asociado irreversiblemente a México. El exilio republicano representó una ganancia para México y una pérdida irreparable para España.

Las contribuciones

Resulta bastante difícil realizar una valoración de las aportaciones del exilio republicano en México en unas pocas cuartillas. Los exiliados trataron de devolver la generosidad y hospitalidad recibida por parte

de las instituciones mexicanas con su trabajo, esfuerzo y dedicación, fuese cual fuese el ámbito profesional en que se insertaron. Agrupados al comienzo en los barrios del centro de la ciudad de México, los exiliados hicieron de la calle de López uno de sus principales emplazamientos. Hoy una placa recuerda su importancia en el lugar y todavía quedan lugares míticos como el café Villarías, en la esquina de López y Ayuntamiento.

En aquellos primeros tiempos los exiliados vivían de espaldas a la sociedad de acogida, centrados en sus debates políticos, prolongación inevitable de la guerra española. Allí, socialistas, comunistas, anarquistas y republicanos discutían en los cafés sobre las causas y las consecuencias de la guerra, ensanchando en ocasiones las diferencias que habían arrastrado. En esta primera etapa, fueron las mujeres españolas las que primero comenzaron a explorar la ciudad, buscando en los mercados alimentos que les permitiese cocinar comida española [9], [10]. También fueron ellas en muchas ocasiones las primeras en encontrar la manera de llevar a aquellos precarios hogares los primeros ingresos en pesos mexicanos, desplegando sus habilidades como costureras. Fueron las mujeres las principales sostenedoras de la estructura familiar, las encargadas de educar a los hijos, las exploradoras del entorno, no siempre fácilmente asequible. No podemos olvidar que muchos de aquellos exiliados llegaban con pocos conocimientos del México del momento. El contraste racial supuso también un reto importante para ellos nada acostumbrados a una sociedad multiétnica.

Los hombres fueron progresivamente encontrando acomodo laboral, no sin dificultades por la interinidad de su situación. Al principio en las empresas que los organismos de ayuda a los refugiados, dependientes de las organizaciones políticas españolas, que implementaron no pocas iniciativas, la mayoría de ellas ruinosas, para buscar soluciones a la precariedad de los exiliados. Mediante subsidios y ayudas los exiliados pudieron ir estableciendo también pequeños negocios para salir adelante. También, en ocasiones, recibieron ayuda de los antiguos residentes españoles, que preferían contratar a un español, por razones de paisanaje aunque también raciales.

A todos nos son familiares los nombres de los colegios del exilio, los que continúan existiendo hoy día, como el Instituto Luis Vives, que conmemoró el año pasado su setenta y cinco aniversario, o el Colegio Madrid que lo celebrará en 2016 [11; 12]. Dos instituciones educativas de primer nivel, fundadas por los republicanos españoles, con fondos del exilio y que fueron pensadas para acoger y formar a los más pequeños de aquel exilio multigeneracional. También fueron fundamentales para dar trabajo a muchos de los maestros españoles que llegaban a México, huyendo de la represión franquista que perseguía el pensamiento libre y proclamaba el ¡Muera la inteligencia!. Estos colegios forman hoy a los mexicanos del futuro en las ideas de la Institución Libre de Enseñanza, en principios solidarios e incluyentes. Otros colegios, como la Academia Hispano-Mexicana, el Instituto Hispanomexicano Ruiz de Alarcón o los centros Cervantes, ya no existen pero contribuyeron también, en la medida de sus posibilidades, al enriquecimiento del país. Aquellos colegios que fueron diseñados como centros de formación para los jóvenes exiliados, pronto fueron integrando en sus aulas a estudiantes mexicanos, que pudieron compartir planteamientos pedagógicos novedosos, seguidores de los proyectos auspiciados por la Segunda República española. Sin duda, en su amplio recorrido han ido cambiando las prioridades y los métodos de enseñanza. Al comienzo, los colegios fueron pensados para educar a los jóvenes exiliados como españoles, pensando en facilitar el ansiado regreso al lugar de origen. Con la llegada del desencanto, los colegios fueron adaptándose a la realidad mexicana, procurando establecer una enseñanza incluyente, que permitiese la inserción social de los estudiantes, sin perder de vista el pasado de la Segunda República y su historia, fundamental a la hora de poder comprender las particularidades de aquel colectivo de estudiantes.

Los exiliados que llegaron a México tenían mucho que decir, mucho que escribir. Habían protagonizado uno de los episodios más relevantes de la historia reciente y, aunque derrotados, necesitaban proclamar al mundo sus verdades. Detrás de estas razones está el impulso que imprimieron a la industria editorial, fundando multitud de pequeñas editoriales, realizando importantes tareas de traducción, insertándose en otras ya creadas como el Fondo de Cultura Económica [13]. Los exiliados escribían y publicaban panfletos políticos y libros de gran trascendencia que hoy forman un abultado y valioso acervo desperdigado por el mundo. Una riqueza sin par que todavía hoy podemos rastrear en los maravillosos anaqueles de las librerías repletas del centro de la Ciudad de México. Esta necesidad de contar la experiencia a través de muy diversos formatos en papel, permitió a la sociedad ilustrada mexicana conocer aquella experiencia traumática española que en buena medida ha pasado a formar parte del pasado sentimental de no pocos mexicanos.

Importante fue la inserción de los profesores universitarios en la Universidad Nacional Autónoma de México, el Instituto Politécnico Nacional, recién creado por el presidente Cárdenas, y cómo no El Colegio de México, continuación de La Casa de España, creada en 1938, a instancias de Daniel Cosío Villegas

como un instrumento para salvar a cuantos más académicos españoles mejor [14 – 17]. El Colegio de México también conmemora este año su setenta y cinco aniversario y es hoy una de las instituciones académicas de mayor prestigio de México [18]. En su formación y expansión estuvo presente la influencia de los centros más dinámicos de la España republicana, el Centro de Estudios Históricos y la Institución Libre de Enseñanza. La llegada de los académicos españoles transformó de alguna manera la vida universitaria mexicana, con el establecimiento de profesorado de tiempo completo. Aquellos profesores que llegaban con un amplio bagaje intelectual necesitaban de un salario completo para poder subsistir, hecho que implementó El Colegio de México y que pronto pasó a ser norma en la Universidad Nacional Autónoma de México. Con la profesionalización de los profesores universitarios mexicanos, el país ganó en calidad de investigación y docencia. En la entrada de la biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México podemos encontrar una placa que recuerda y homenaja a los maestros de la emigración republicana española. La importancia de estas placas conmemorativas, que encontramos en tantos edificios públicos de la ciudad de México es una muestra clara de la relevancia que todavía hoy tiene el exilio republicano en su sociedad. Un hecho que todavía no se da en España, donde apenas hay vestigios que recuerden a esa España peregrina.

Con el paso del tiempo, los exiliados fueron dando forma a espacios de sociabilidad propios entre los que sin duda destacó el Ateneo Español de México. Fundado en 1949 con el padrinazgo de Alfonso Reyes, el Ateneo español de México nació como un espacio de integración, donde quedaban atrás las diferencias políticas [19]. Un lugar de encuentro, donde reproducir el ambiente cultural del Ateneo de Madrid, ocupado por aquellos años por la Falange, desvirtuando todo su sentido original de ser un espacio de encuentro, debate y concordia. Los exiliados se preocuparon de atraer a sus salones a los más destacados intelectuales mexicanos de la época, para hacer de él un lugar de intercambio cultural hispano mexicano. A lo largo de los años, el Ateneo se ha convertido en un lugar importante para la cultura de la ciudad de México y esperamos que lo siga siendo por mucho tiempo, a pesar de que está pasando por graves problemas financieros que ponen en peligro su continuidad.

Junto con el Ateneo, los centros regionales jugaron un papel esencial en esa construcción de una sociabilidad, no siempre abierta a la sociedad mexicana, aunque sí permitió visibilizar al exilio como una comunidad dinámica. El Orfeó Català que ya existía antes de la llegada de los exiliados, pronto fue colonizado por estos y convertidos en un centro de afirmación nacionalista y republicano. Otros centros como la Casa Regional Valenciana, el Centro Vasco, la Casa de Andalucía o el Centro Aragonés fueron ganando fuerza, abriendo sus locales y permitiendo la creación de lugares de encuentro.

Con toda seguridad, las aportaciones culturales del exilio republicano en México son las más celebradas y aplaudidas, también las más conocidas. La importancia que los científicos, filósofos, maestros, poetas y artistas tuvieron en México ha sido estudiada de forma minuciosa. Su reivindicación y su importancia están fuera de toda duda, aunque en ocasiones, sus logros han sido ensalzados de forma poco generosa con el país de acogida. Existe una tendencia a minusvalorar la importancia de México en permitir ese desarrollo, lo cual siempre me ha parecido muy injusto. México tomó decisiones trascendentales que lo hicieron posible, como fue favorecer el cambio de modelo en el profesorado universitario, creando los profesores a tiempo completo, figura antes inexistente en las universidades mexicanas. Tampoco es cierto, como se sostiene en ocasiones, que el despegue de México fuese la consecuencia de la llegada de los republicanos españoles. Los factores de su crecimiento y desarrollo en las décadas centrales del siglo XX obedecieron a factores internos en los cuales los exiliados pudieron integrarse plenamente y beneficiarse de ellos.

Esa situación permitió también una más que satisfactoria integración de aquellos que provenían de sectores menos ilustrados, trabajadores manuales, profesionales de menor capacitación, empleados públicos e incluso campesinos que, progresivamente fueron encontrando la manera de establecer pequeños negocios familiares con los que salir adelante. Los españoles tardaron en adaptarse a algunas dinámicas mexicanas, al funcionamiento del mercado laboral. Sin embargo, también existieron excepciones, que consiguieron alcanzar pronto un notable éxito profesional y un rápido ascenso social. Casos como el de Eulalio Ferrer, joven socialista montañés que consiguió alcanzar una importante fortuna con el desarrollo de la publicidad y la mercadotecnia en el México de Miguel Alemán. Desde un punto de vista técnico, los exiliados abrieron nuevos espacios de negocio, encontrando nuevos nichos de desarrollo en muy diferentes ámbitos laborales.

Fue a partir de los años cincuenta, cuando los exiliados fueron progresivamente abandonando el centro de la ciudad, encontrando acomodo en otros lugares, más confortables, donde ir construyendo hogares más estables. Aquello dispersó al colectivo que, sin embargo, mantuvo un fuerte sentimiento comunitario. Los republicanos españoles no siempre se integraron del todo en la sociedad de acogida. Mantuvieron sus particularidades que fueron pasando de padres a hijos, siendo todavía hoy una comunidad con un fuerte

componente autorreferencial. A diferencia de otros países donde los exiliados españoles encontraron acomodo, México permitió a los derrotados por el franquismo mantener sus señas de identidad, favoreció la existencia de espacios de sociabilidad propios y contribuyó a construir un discurso autojustificativo de su presencia en el país.

En lo que sí colaboró el exilio republicano es en la normalización de las relaciones de la sociedad ilustrada mexicana con su propio pasado. Con la llegada de los exiliados, los mexicanos pudieron comprender que existía también una España diferente, alejada de los viejos estereotipos de la conquista. Una España republicana, laica y moderna con la que poder relacionarse, intercambiar proyectos y mantener relaciones de igual a igual. Este hecho, poco explorado todavía por los investigadores, tiene una importancia capital a la hora de entender las bases sobre las que se construyeron las relaciones culturales de las que hoy en día somos deudores. El exilio contribuyó a acabar con una parte de la hispanofobia que caracterizaba a la sociedad mexicana de la posrevolución, gracias a un mejor conocimiento de la existencia de múltiples diferencias entre españoles [20].

Otra de las contribuciones fundamentales para la época fue la defensa internacional de la causa republicana que permitió asentar una política diplomática de prestigio. Los diplomáticos mexicanos encontraron en esa defensa un elemento de crecimiento, una posibilidad de prestigiar su labor, reconocida ampliamente [21]. México se convirtió así en un símbolo singular, alejado de la política de bloques propia de la Guerra Fría, inaugurando una tradición que continuó vigente en los años setenta con la recepción de los exiliados sudamericanos, perseguidos por las dictaduras conosureñas.

Las sociedades y los gobernantes que muestran solidaridad con los que sufren persecución política mejoran sustancialmente, se enriquecen y fortalecen. Esa fue sin duda la principal aportación que los exiliados dieron a la sociedad mexicana en su conjunto. De esa lección debemos aprender todos, para procurar que aquel México del presidente Cárdenas no sea solo un grato recuerdo del pasado, sino también un estímulo para demostrar al mundo que el derecho de asilo no es un riesgo, sino una fortaleza, un enriquecimiento cuando se hace de forma desinteresada. Conocer mejor al otro, nos permite a fin de cuenta, conocernos y aprender de nosotros mismos.

El exilio republicano, ese contingente humano singular, que luchó por la defensa de una sociedad más justa y equitativa para España, fue un importante nutriente para el México postrevolucionario. México ganó lo que España perdió, pero permitió también su desarrollo y su crecimiento en un ambiente propicio. Los exiliados españoles encontraron en México una segunda oportunidad.

Literatura

1. MATESANZ, J. A. (2000): *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española 1936–1939*. México D. F., El Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México.
2. ORTUÑO MARTÍNEZ, M. ed. (2007): *Diplomáticos de Cárdenas. Una trinchera mexicana en la Guerra Civil (1936–1940)*. Madrid, Trama.
3. LIDA, C. E. (1997): *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*. México, Siglo XXI-Colegio de México.
4. HOYOS PUENTE, J. (2012a): *La utopía del regreso. Proyectos de Estado y sueños de nación en el exilio republicano en México*. México, El Colegio de México.
5. HOYOS PUENTE, J. (2012b): «La formación de la identidad del refugiado: los republicanos españoles en México, discursos, prácticas y horizontes de futuro», *Laberintos: revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, 14, 49–68.
6. PLA BRUGAT, D. (1994): «Características del exilio en México en 1939», en C. E. LIDA (comp.), *Una inmigración privilegiada: comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, (218–231). México, El Colegio de México.
7. HERRERÍN LÓPEZ, A. (2007): *El dinero del exilio. Indalecio Prieto y las pugnas de posguerra (1939–1947)*. Madrid, Siglo XXI.
8. BALIBREA, M^a. P. (2007): *Tiempo de exilio: una mirada crítica a la modernidad española desde el pensamiento republicano en el exilio*. Barcelona, Montesinos.
9. DOMINGUEZ PRATS, P. (1994): *Voces del exilio: mujeres españolas en México (1939–1950)*. Madrid, Dirección General de la Mujer.
10. CAPELLA, M^a. L. (1995): «Identidad y arraigo de los exiliados españoles (Un ejemplo: Mujeres valencianas exiliadas)», en A. GIRONA ALBUIXECH y M^a. F. MANCEBO (coord.), *El exilio valenciano en América: obra y memoria*, (53–68), Valencia, Instituto Alicantino Juan Gil-Albert.
11. CRUZ OROZCO, J. I. (1995): «Los colegios del exilio: La obra educativa de los maestros y profesores valencianos»,

- en A. GIRONA ALBUIXEC y M^a. F. MANCEBO (coord.), *El exilio valenciano en América: obra y memoria*, (95-110), Valencia, Instituto Alicantino Juan Gil-Albert.
12. TUÑÓN, J. (2014): *Educación y exilio español en México. El Instituto Luis Vives, 1939–2010*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
13. GARCIADIEGO, J. (2015): *Autores, editoriales, instituciones y libros. Estudios de historia intelectual*. México, El Colegio de México.
14. COSÍO VILLEGAS, D. (1976): *Memorias*. México, Joaquín Mortiz.
15. LIDA, C. E. (1988): *La Casa de España en México*. México D.F., El Colegio de México.
16. LIDA, C. E. y MATESANZ, J. A. (1990): *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940–1962*, México, El Colegio de México.
17. GARCÍA BERNAL, S. M. (2012): *Los maestros del exilio español en el Instituto Politécnico Nacional*, México, Instituto Politécnico Nacional.
18. VALERO PIE, A. (ed.) (2015): Los empeños de una casa. Actores y redes en los inicios de El Colegio de México 1940–1950. México, El Colegio de México.
19. LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M^a. (2009): «El Ateneo Español de México y el exilio intelectual republicano», *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, 735: 41–55.
20. PÉREZ VEJO, T. (2001): «España en el Imaginario Mexicano el choque del exilio» (23-94). En A. SÁNCHEZ ANDRÉS y S. FIGUEROA ZAMUDIO, (coords.): *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*. Madrid-Morelia, Comunidad de Madrid, Universidad Michoacana.
21. LAJOUS VARGAS, R. (2012): *Historia mínima de las relaciones exteriores de México (1821–2000)*. México, El Colegio de México.